## VII.

JESUCRISTO EN EL MUNDO ANTES DE APARECER EN ÉL: TESTIMONIOS PROFANOS INMEDIATAMENTE ANTERIORES.

Acabamos de indicar en algunos rasgos, breves pero suficientes para mover á reflexion, lo que es, desde que apareció este Ser que se dijo enviado de Dios y Dios mismo en él respondiendo á las aspiraciones de la humanidad.

Mas el género humano no data solamente de la época de su venida. A ella habian precedido cuarenta siglos. Si no murió para siempre como los otros hombres; si su vida brilló y fué trascendental aun en su muerte, hasta constituir para siempre la verdadera vida del mundo, nació á lo menos como los demás, y por ello no correspondió al concepto del mundo antiguo el cual no le conoció como Dios. En su consecuencia, todo un hemisferio de la humanidad y esta humanidad misma, en su conjunto, no procederia de él, como deberia ser, si fuera su Dios. Hay mas; el testimonio que le tributa el mundo moderno, por grande que sea, seria menos absoluto, resultando solo relativo. Porque, en fin, todo grande hombre sobrevive hasta cierto punto é influye sobre su posteridad. Jesucristo es el mas grande de nuestra raza, sin que ninguno de ella pueda compararse con él por esta vída futura y esta influencia. Pero esto solo es una cuestion de proporcion comparativa. No debemos pues representárnoslo únicamente vencedor de la muerte, porque es serlo de la nada. No es la inmortalidad lo que debe constituir su herencia, sino la eternidad. El nacimiento revela mas que la muerte la dependencia de la criatura; porque nunca se muere enteramente; cada uno es dueño en cierto modo de su sepulcro. Mas ¿quién lo ha sido nunca de su cuna, de su nacimiento? El mas grande y el mas pequeño se encuentran allí absolutamente al mismo nivel, y Alejandro y Homero de quienes hablamos todavía, no han preludiado con el mas leve rumor lo que llegarian á ser, y ni aun siquiera, si llegarian á existir. No solo pudo suceder que jamás hubiesen existido otra cosa que gérmenes abortados en el seno de su madre y desconocidos hasta de ella, sino que hubieran podido dejar de ser concebidos.

Aquí es absoluta la ley de la contingencia. Lo desconocido, el silencio, la nada, son supremos habiéndonos envuelto á todos igualmente en el no ser, antes de que nos fuera dado salir de él. En una palabra, puede una persona sobrevivir, pero nadie ha preexistido jamás.

¿Cuál fué la suerte de Jesucristo bajo este aspecto? ¿Fué improvisada su existencia como la de todos los seres

¿Tuvo un principio?

Por mi parte, aun cuando lo ignorase históricamente, afirmaria, por simple induccion lógica, que no fue así.

Y en efecto el que es árbitro de su muerte lo es de su vida. Quien ha realizado estas palabras: «Doy mi vida para tomaria otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla (1),» se ha dado á sí mismo esta vida que ha podido recobrar. Domínala necesariamente por medio de una vida superior, anterior á su nacimiento, como ha sido posterior á su muerte.

(1) S. Juan, X, 17 y 18.

murió de muy distinto modo que los mortales que mueren de

enfermedad; murió por su potestad. Y por su mísma potestad

recobró la vida. Y la recobró hasta tal punto, que la dió ge-

nerosamente al mundo desde el dia en que volvió á tomarla. De

manera que vive mas despues, que durante su aparicion mor-

tal. Sacó, pues de su muerte una vida mas grande, y la cual

no tiene ya nada gue ver con la muerte. Ha transformado el

instrumento mismo de esta muerte en un lazo en que la ha

apresado, en un carro de resurreccion y de ascension para

su humanidad y para toda la humanidad, cuyo Jefe vencedor

de la muerte es por siempre. Y no se diga que todo esto per-

tenece al órden de la fé y no es de naturaleza probatoria para

JESUCRISTO EN EL MUNDO.

El hecho de haberse tratado de Jesucristo antes de su nacimiento, así como se trata de él despues de su muerte ¿no es un hecho indiscutible en su realidad histórica, ni inmenso en sus proporciones y que desafia todo otro hecho análogo?

Nadie ignora en el dia, por efecto de la incredulidad de este siglo, el cual parece haber provocado la discusion del Cristianismo únicamente para vulgarizar su demostracion, y sellarla con sus confesiones, que cuando nació Jesucristo en una oscura aldea de Judea, el mundo entero se hallaba agitado con su espectacion. Mas de sesenta años antes aterraba con su futura dominacion al decrépito antiguo mundo romano que sentia haber trabajado tanto, acumulado tanto poderio, prosperado tan asombrosamente, conseguido desde su orígen tan prodigiosa fortuna, haber reunido al universo entero bajo sus leyes por medio de una política en estremo hábil al mismo tiempo que por tan numerosos y felices triunfos, solamente para Jesucristo, no obstante hallarse tan envuelto en su misterio. No conozco un solo publicista profano que no haya manifestado á su manera este presentimiento universal. Citaré especialmente á Polibio (1), Tito Livio (2), Ciceron (3), Virgilio (4), Suetonio (5), Tácito (6), Plutarco (7), y en fin, á Josefo, aquel

quien es estraño á este órden relativo á la fé; porque el hecho en sí envuelve á los mismos que opusieran tal dificultad. La humanidad, repito, solo vive con esta vida de Jesucristo, hasta el punto de morir cuando se aparta de ella. Vida que todo lo comprende; el órden religioso, el órden moral, el órden social y todos los intereses temporales que á ellos se refieren, identificados, hoy mas que nunca, con Jesucristo. Dánse aquí la mano la fé y el hecho. Una sola cosa se reserva para la pura fé, y es que, despues de haber sido Jesucristo la vida de las sociedades en el tiempo, sea la resurreccion de cada uno de nosotros para la eternidad. Pero esta creenciatiene por prenda la vida que dió al mundo incontestablemente Jesucristo, aquí bajo. Asi es que puede deducirse, de la potestad de Jesucristo sobre su muerte, que no hizo mas que recobrar una vida cuyo principio tenia en sí, que no es tributario de esta vida por el

azar y el accidente de un nacimiento humano, como cada uno de nosotros; que dominó la suya; que la hizo y dispuso anterior y posteriormente á ella; que en una palabra, lo mismo

que es y será, era antes de aparecer en el mundo.

Mas aun cuando la fé no nos enseñase esta verdad, y aun

<sup>(1)</sup> Hist. prólogo, lib. I, 4.

<sup>(2)</sup> Lib. I, números 4 y 55, lib. IX.

<sup>(3)</sup> Orat de Arusp. Respuest. IX, De Divinat., lib, II, cap. LIV.

<sup>(4)</sup> Pollion.

<sup>(5)</sup> Vit. Octav. Aug. Cap. XCIV-In Vesp.

<sup>(6)</sup> Hist. lib. V, cap. XIII.

<sup>(7)</sup> De la fortuna de los Romanos, núm. 33.

judío que traficaba en profecías, en servicio de los Romanos y que trasportaba á los estranjeros, segun la espresion de Bossuet, las esperanzas de Jacob y de Judá (8). No indico estos testimonios al aire y vagamente. Los he producido en otros escritos. Voy pues á agruparlos aquí, esclareciéndolos con luz mas viva y hacia los cuales creo no llamar sobradamente la atencion.

Todos conocen los célebres pasajes de Tácito, de Suetonio y de Josefo, consignando en los mismos términos la persuasion general, cuyo orígen ascendia á los antiguos libros sacerdotales, y que todo el Oriente, depositario de esta antiquísima y constante opinion, resonaba mas que nunca, de que POR AQUEL TIEMPO SALDRIA DE JUDEA EL GOBIERNO UNIVERSAL DE LAS COSAS.

Seguramente son estos ya tecimonios decisivos de la preexistencia de Jesucristo ocupando de antigua data y conmoviendo desde entonces el mundo antiguo; sobre todo si se repara que lejos de haber sido inspirados estos testimonios á sus autores por una credulidad simpática al suceso, credulidad en todo caso singularmente feliz, tenian que sobreponerse á todas las preocupaciones romanas y paganas de que aquellos autores estaban poseidos. No; es la fria historia la que asegura el hecho á pesar de no comprender en manera alguna su sentido.

Es cierto que Jesucristo apareció en el imperio de Augusto. Asi es; pero acababa de morir en tiempo de Tiberio; jy de qué muerte! Seguramente, aquella muerte ignominiosa en Judea hubiera debido hacer que se desvaneciera para siempre toda creencia de su triunfo en Roma. Sin embargo, precisamente despues de ella es cuando toma mas consistencia que nunca aquel rumor de una dominacion universal, procedente de la Judea. De donde es forzoso deducir, que no debe atri-

buirse á la vida mortal de Jesucristo la causa de este movimiento, sino á una accion anterior á su nacimiento ó posterior á su muerte, ya que no sea á entrambas á la vez.

Esta última deduccion es la exacta. Hallámonos, efectivamente en la línea divisoria de las dos edades pagana y cristiana. La muerte de Jesucristo no sirvió de obstáculo á la persuasion general sobre la gran transformacion que debia realizarse en la humanidad. Esta persuasion arrancaba pues de mas lejos, como lo dicen, por otra parte, sus testigos: Vetus et constans opinio; y esto basta para demostrar la accion anterior de Jesucristo. Pero no solamente no se ha estinguido esta persuasion á su muerte, sino que fue en aumento. De donde es forzoso inducir la accion posterior de Jesucristo. El Cristianismo naciente ofrecia ya á Neron mártires, cuyo historiador fue Tácito, como fue el historiador de la espectacion profètica del Cristíanismo; de manera que Tácito fue el gran testigo de la vida anterior y de la vida posterior de Jesucristo, y de los Profetas y de los Mártires.

Pero remontémonos à mayor altura: situémonos con anterioridad al nacimiento de Jesucristo, en el punto en que no existiendo aun, ningun hombre podria hacer que se hablara de él.

Presentanse, pues, sin embargo, en tal punto, dos grandes testigos, cuyas declaraciones tienen tanta trascendencia, que todavía son el eco universal de su época; Ciceron y Virgilio.

El primero se espresa de esta suerte: «Conservamos los versos que se dice haber proferido la Sibila agitada por el Dios, de los cuales debia tomar nota un intérprete, apoyándose en un falso rumor, divulgado en estremo entre los hombres, para hacer en medio del Senado la mocion de que aquel que es verdaderamente nuestro rey, fuera reconocido por rey si queríamos salvarnos.» Y Ciceron, en su escepticismo

<sup>(8)</sup> Guerra de los judios, cap. XXXI.

quebrantado, añade: «A qué hombre y á qué época se refiere esta prediccion? (1).»

Si solo tuviéramos este pasaje de Ciceron, reconoceria que no podiamos apoyarnos en él enteramente. Sin embargo, para comprender su correlacion con el que va á seguir, debemos hacer notar lo siguiente: Que no cabe en él ninguna. alusion política, como el advenimiento de César, porque no se ocupaba de éste Ciceron, en su tratado esclusivamente crítico de la Adivinacion. Estas palabras: ¿ A qué hombre, á qué época se refiere esta prediccion? demuestran la vaguedad de su pensamiento. Y estas otras tambien: Aquel que es verdaderamente nuestro rey, son esclusivas de un reino futuro, é implican una supremacía misteriosa ya existente, y que solo se trata de reconocer. Finalmente, aquellas otras: Si queremos salvarnos, dirigen el pensamiento á un. órden indeterminado, que, sino en opinion de Ciceron, á lo menos conforme al alcance del oráculo que el orador romano se limita á esponer, deben entenderse de una salvacion genérica humana.

Adhiérome, pues, desde luego al parecer, de que las palabras espuestas se refieren al indicado rumor general que debia formularse mas adelante de una manera mas precisa y determinada por la pluma de Tácito y de Suetonio, y que el

(1) Sibillæ versus observamus, quos illa furens fudisse dicitur. Quorum interpres nuper, falso quadam hominun fama, dicturus in senatu putabatur, eum quem re vera regem habebamus, appellandum quoque esse regem, si salvi esse vellemus. Hoc si est in libris, ¿in quem hominem et in quod tempus est? (De Divinat, lib. II, cap. LIV).—Estos oráculos de las Sibilas comentados mas de doscientos años antes de Jesucristo por la escuela heleno—hebráica de Alejandría, habian recibido la sávia profética y la hacian circular en todo el mundo romano.—Véanse los eruditos y profundos artículos de M. Fernando Delaunay en el Correspondant de los dias 10 y 25 de Febrero de 1847, resumiendo los notables trabajos que se han hecho sobre este asunto.

mismo Ciceron califica con estas palabras: Falsa quidem hominum fama: sentimiento ó parecer que un crítico moderno espresa de esta suerte: «Los Romanos, á pesar de ser tan republicanos, aguardaban, en tiempo de Ciceron, un rey predicho por las Sibilas, como se ve en el libro de la Adivinación de este orador filósofo. Las miserias de su república debian ser sus anuncios, y la Monarquía universal su continuacion. Es esto una anécdota de la historia romana á que no se ha dado toda la atencion que merece.»

Como quiera que sea, esclarece este punto con mas viva luz lo siguiente:

«La mocion de que habla el orador romano se hizo en el Senado, el cual, poseido de terror, tomó una medida que refiere Suetonio, y que no deja lugar á duda sobre el sentido encubierto del pasaje de Ciceron.» Segun informe de J. Marathus sobre la fé de un prodigio que se verificó públicamente en Roma, habiase anunciado que la Naturaleza IBA Á DAR Á LUZ un personaje que seria rey de los Romanos: sobrecogido de espanto el Senado espidió un decreto para que ningun niño varon que naciera en aquel año fuese educado, es decir, conforme al sentido de esta palabra en aquel tiempo, admitido á la vida (1). Esto era lo que habia de ejecutar por su cuenta, algun tiempo despues, el rey Herodes, con su Degollacion de los inocentes.

No necesito tomar acta de estas palabras: la Naturaleza da á luz un rey; porque no solamente superan al órden político, sino tambien al órden humano. La Naturaleza misma es la que da á luz su rey. Es el terra germinet Salvatorem et nubes pluant Justum de Isaías (2). Es Dios yendo á salir de

<sup>(1)</sup> Suetonio: Vida de Octavio Augusto; cap. XCIV.

<sup>(2)</sup> Isaías, XLV, 8. (Lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador.)

esta Naturaleza donde se oculta tanto como se manifiesta, y á revelarse á la humanidad de un modo adecuado á sus males y á sus necesidades.

El Senado retiró su decreto; y el motivo que tuvo para ello es tambien singular: tal fue la intriga de los mismos senadores que tenian mujeres en estado de darles en aquel año un fruto, que en su secreta ambicion, podia ser este Salvador y este Rey.

Y por el mismo tiempo habíase reservado á una humilde vírgen de la Judea, honrada durante diez y nueve siglos con un culto universal, el dar á luz este Niño divino, cuya venida acompañaba Virgilio, sin saberlo, con estos acentos de su lira:

> Aggredere o magnos jam tempus honores, Cara Deum soboles, magnum Jovis incrementum!

Virgilio, en su égloga á Polion, es otro gran testigo de Jesucristo.

Los literatos han intentado eludir este testimonio, sin poder decir nunca ¡cosa estraña! á qué personaje pueden aplicársele, puesto que debiendo corresponder á la grandeza ó elevacion de aquellas espresiones la importancia de este personaje, debia ser designado por esta á todas las miradas.

Pero basta fijar la cuestion.

No se pretende que Virgilio tuviese la intencion de cantar á Jesucristo. Jamás se ha dicho esto. Trátase única y esclusivamente de saber, si Virgilio que indudablemente esperimentaba la influencia del presentimiento universal de la venida de Jesucristo, que se manifestaba por todas partes á su alrededor y que el rey Herodes habia consignado mas particularmente en sus relaciones con su amigo Polion, á quien precisamente dedica Virgilio su égloga, no tomó su tema lisonjeador de esta impresion general, y no aplicó á su descolorido héroe,

como hizo Josefo mas adelante respecto de Vespasiano, esta espectacion del género humano. Hé aquí toda la cuestion. La afirmativa sobre ella no es discutible fórmalmente. El célebre Heyne, que es de la opinion de los literatos á quienes respondo, conviene tambien en que habia un antiguo oráculo de las Sibilas que anunciaba para aquel tiempo una inmensa renovacion, y que al comentarlo ingeniosamente Virgilio, se aprovechó ámpliamente de este oráculo: Hoc itaque oraculo et vaticinio seu commento ingenioso commodo usus est Virgilius (1).

(1) Virgilio, de Heyne. Lóndres, tomo I, pág. 74. La cuestion, por otra parte, podria resolverse en una simple cuestion de gusto. ¿Cómo admitir que Virgilio, á no justificarse el tono de su égloga por el soplo ó inspiracion profética que dominaba entonces, hubiera mostrado un énfasis que nunca reveló en sus obras? Hablaba de la lira de Virgilio; aquí es una arpa, una arpa eolia dispuesta conforme al diapason sagrado.

Por otra parte, las relaciones de Herodes con Polion, y por consiguiente, con Virgilio, son atestiguadas por Josefo. Polion era el amigo íntimo de Herodes hasta el punto de ir á parar á su casa en sus viajes á Roma. (Antigüedades, lib. XIV, cap. XXV; y lib. XV, cap. XIII.) Allí debió encontrarse Virgilio con Herodes. No era, en efecto, menos íntima la amistad que profesaba Polion á Virgilio. El fue quien hizo que le devolvieran sus bienes, y aun quien le salvó la vida personalmente en Mántua; y á él es realmente á quien se refiere el Deus nobis hæc otia fecit, de la primera égloga de aquel vate. ¡Cuán solícito debia mostrarse Virgilio con semejante bienhechor! Por otra parte, Polion, de un carácter sumamente noble, y á quien Augusto, que no le tenia afecto por sus ideas republicanas, no podia menos de estimar, era uno de los hombres mas elocuentes y mas ilustrados de su tiempo. Así es que fue el primero que fundó en Roma una biblioteca abierta á cuantos podian aprovecharse de ella, decorada con obras maestras de los artistas griegos y con estátuas de los hombres célebres. Allí, pues, en aquel santuario de las bellas letras y de cuanto podia interesar al movimiento intelectual, debió Polion hacer la presentacion y honores de Herodes y Virgilio respectivamente. Herodes no podria menos de esponer los El mismo Virgilio no oculta esta idea:

Sicelides musæ, Paulo majora canamus... Ultima Cumæi venit jam carminis ætas...

Asi principia.

Y por último, ¿se quiere algo mas convincente? Virgilio tomó estas ideas del hecho mismo; las tomó directa ó indirectamente de los Libros Sagrados, de quienes no eran mas que una derivacion alterada los oráculos de las Sibilas.

Esplíquese de otra suerte la correlacion siguiente, para limitarnos aquí á un solo pasaje:

VIRGILIO.

Adspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque, tractusque maris, cœlumque profundum,
Adspice venturo lætentur ut omnia sæclo.

AGEO.

Ego commovebo cœlum, et terram, et mare, et aridam, et movebo omnes gentes, et veniet Desideratus cunctis gentibus (1).

No me fijo en la similitud de las espresiones : pero, ¿ no es esta misma inspiracion la que domina á la Musa de Vir-

presentimientos que ya encontró allí, concernientes al advenimiento del Mesías que ya le inspiraba temores, y cuyo título se abrogaba él mismo, hasta el punto de dar orígen á la secta de los herodianos. ¿Qué hay, pues de inverosímil en que, girando la conversacion sobre este elevado asunto, dijera algo á Virgilio sobre los oráculos judíos? ¿No parece que vemos á estos tres personajes leyendo nuestras Profecías, difundidas en aquel tiempo por la traduccion griega de los Setenta, y deteniéndose á reflexionar sobre las mas claras y patentes? De aquí debió provenir la obra maestra lírica de Virgilio, la égloga á Polion.

Por lo demás, esto es solo una conjetura, en que no necesito insistir, por plausible que sea. El estado general de los espíritus basta para su demostracion.

(1).Cap. II, 7 y 8.

gilio, haciéndole trasmitir el mismo sonido? ¿Y ese soplo ó inspiracion que agitaba el aire de aquel siglo, no supera el órden político, y al órden romano para conmover á toda la humanidad, y mas que á la humanidad, á la misma Naturaleza con un estremecimiento sobrenatural?

El mundo entero estaba penetrado de esta inspiracion que afectaba todas las formas, crítica, lírica é histórica. El coloso romano comprendia por un instinto providencial, que todas las revoluciones de los imperios, desde su fundacion, no habian conseguido que estos se acumularan en uno solo, sino para que este cediera la Sede á una Potestad sagrada, que aplicase al género humano una Ley nueva, traida del cielo al mundo por el Monarca universal en quien era preciso creer para salvarse.

Mas he aquí otros dos grandes testigos de esta verdad. Nunca los he producido de una manera completa en mis Estudios; voy pues á presentarlos de nuevo, poniéndolos mas de realce.

Tales son los historiadores Polibio y Tito Livio.